

CAPITULO IV.

Obras Literarias del Dr. José E. González.—Sus Primeros Discípulos.

A reserva de hacer una recapitulación ó síntesis de las importantes obras literarias y científicas del Dr. José Eleuterio González, durante el período de una producción que duró 28 años, [1860 á 1888] enunciaremos en esta década [1860 á 1870], á que hemos llegado en estos *Apuntes* algunas de sus composiciones líricas y sus primeros discursos científicos, que analizaremos brevemente, y que fueron todos producidos con ocasión de aquel *Colegio* y de aquellas *Cátedras* que quedaban establecidas por el Decreto de 5 de Nov. de 59, y por el liberal y progresista Gobernante José S. Aramberry.

Ya para el año de 1861 el Dr. González, alma de aquel Instituto y principal colaborador en su enseñanza, le vemos componer *Himnos y Discursos, Odas é Informes*, que muestran la consagración del maestro á todo lo que contribuyera á darle fuerza y brillantez á aquella pequeña Universidad *laica*, que surgió del seno tormentoso de nuestras revoluciones políticas, y á cuya creación había contribuido él más que otro ninguno. Así, en las fiestas con que cada año se clausuraban las cátedras, eran cantados *Himnos* del egregio Doctor, cuya letra encomiástica de algún ramo de enseñanza, tendía á mejorar y darle mayor impulso á aquel establecimiento, que fué el objeto de sus mejores anhelos. En esas fiestas, el mismo autor leía *odas* y pronunciaba discursos magníficos, que son las mejores producciones que poseemos de este género.

Entre los *himnos* se conserva la letra, y ha sido varias veces can-

tada, la del escrito en loor de “La música y la gimnástica”; y la consagrada al elogio de “La Ciencia.” El primero contiene estrofas como esta:

De bronce fueron muros estas artes
En Esparta Corinto y Atenas;
Y en Roma, que del mundo las cadenas
En su ambición frenética forjó.
La música inflamaba los guerreros
Que eran robustos fuertes y sufridos;
Y ligeros, valientes y atrevidos;
Y el mundo sus hazañas admiró.

Esta estrofa puede decirse que condensa cada una de las anteriores,—que no insertamos por no extender demasiado este análisis,—en que caracteriza el autor con rara precisión la *música* y la *gimnástica*, respectivamente, y la importancia que en la educación completa y armónica del joven han tenido: todo ello referido á ejemplos clásicos, que la erudición vasta del Dr. González le permite multiplicar. Con esta cualidad de todas sus obras basta para que éstas sean distinguidas, aunque la sensibilidad y la imaginación no descuelen, en quien la ciencia, y los estudios prácticos de la naturaleza fueron algo así como una obsesión, y el objeto constante de su laboriosa existencia.

Las mismas cualidades se advierten en aquel Himno suyo “A la Ciencia,” cantado por esa época [1862] en una de aquellas brillantes fiestas de la juventud, que eran para el sabio maestro como la ocasión y el coronamiento de su excelsa labor y de sus triunfos. La primera estrofa de este Himno—única que insertaremos, por las mismas razones anteriores,—dice:

Es la ciencia fulgente destello
Que el Creador de su faz desprendió,
Más hermoso, más claro y radiante
Que la luz que á los astros vistió:
Que la luz á su vez fué vencida
Por la noche que al mundo nubló;
Y la ciencia inmortal y gloriosa
La ignoracia jamás ofuzcó:

¡Que más pudiéramos decir en abono de aquella cualidad brillan-

te, de la erudición del sabio, pues que en una *oda*, escrita en com-
ta romance heroico, y leída por el autor en la misma fiesta en que
cantado el *himno* anterior, encerró los pensamientos más profundos
del *Eclesiastés*, *Los Proverbios*, *Los Reyes*, etc. de las Sagradas escrituras
sin esfuerzo,—como que le crean familiares,—consagrados todos es-
tos pensamientos á exaltar "*La Sabiduría*," cuyo nombre lleva la citada
Oda? Véase en comprobación de ella el trozo siguiente:

Acercaos á mí; ¡ho indoctos, dice,
Y congregaos sin tardanza alguna
En la casa feliz de la enseñanza
Donde la ciencia y la doctrina abundan.
¿Qué os detiene? Pues que, nada os importan
Las grandes cosas que mi labio anuncia?
¿Hasta cuándo sereis cual pequeñuelos,
Que de los juegos de la infancia gustan?

Y luego: los pensamientos, bien conocidos, que el autor para
sea hábilmente de ese modo:

Yo la sabiduría increada, eterna,
Soy la que al hombre á su deber ajusta;
Por mí reinan los príncipes supremos,
Por mí con rectitud las cosas juzgan:
Yo asisto á los juiciosos pensamientos:
Presido de los buenos en la Junta,
Y les muestro recónditas verdades,
Cuando entre sí de buena fé consultan.

Pero donde el Maestro se eleva á grande altura, es en la *Oratoria*
en la *oratoria*, que sin ser precisamente *académica*, ofrece en su fondo
en su forma el carácter didáctico y de enseñanza, que es como el sello
que distingue sus actos y sus obras literarias. Así, los *discursos* é *oraciones*
formas, pertenecientes á la década en que vamos, [1860 á 1870], forman
man un clásico y atildado ramillete de profundos y bien cohonestados
pensamientos, tendentes á un solo fin: á hacer amable la ciencia
y la virtud, y á exaltar las ventajas de la perseverancia en el estudio.
Ya veremos que en las *discursos* pertenecientes á la siguiente década
y luego hasta su muerte, jamás desmintió su carácter de mentor de la

juventud y de maestro. Decía así, en la primera de estas bellas pie-
zas oratorias:

Y ¿á quien deberé dirigir mi débil voz en ocasión tan solemne? ¿A quién
sino á tí ¡oh amable juventud? Sí, á vosotros ¡oh jóvenes alumnos! dirijo mis
palabras, á vosotros que sois la esperanza del Estado; á vosotros respecto de
quienes tenemos que llenar tantas obligaciones los Profesores de este Colegio,
por haberos puesto en nuestras manos el único padre del pueblo, cuyas benéfi-
cas miradas están fijadas en vosotros con la esperanza de mejorar las generaciones
futuras.

En seguida fija,—después de ese *Exordio*, no exento de color y
formas retóricas,—el asunto del discurso en Proposición clara y pre-
cisa. en estos términos:

La educación es, sin duda, el principal, el único destino de la juventud;
porque de él deben esperar élla, y la sociedad, toda clase de bienes. ¿Y cuales
serán las inamovibles y sólidas bases de una buena educación? Yo solo diré en
pocas palabras: no son ni pueden ser otras, sino la virtud y la ciencia.

Esta arte de ser elevado y noble en lo sencillo, y pudiéramos lla-
mar familiar, es el carácter dominante en la *oratoria* del Dr. Gonzá-
lez, quien trata de los asuntos más abstrusos y profundos con la na-
turalidad y sencillez propias de la *didáctica*; con la claridad y preci-
sión que ella reclama. Siembra, también, en su oratoria la erudición,
que es su fuerte, y en pequeño trozo, alude á tres profundas citas,
cuando, por ejemplo, dice:

Apartaos no solamente de los vicios, sino también de los viciosos, porque
la maldad contagia; y cuando viereis á esos infelices que, por haber dejado la
senda de la virtud y desoído la voz de la sabiduría, cayeron en la inmunda sen-
tina de los vicios, decidles con el Rey poeta:

"Apartaos de mí todos los que obráis iniquidad"

Separaos, pues, cuidadosamente de los vicios y de los que los practican; por
que en el combate contra las pasiones, la *victoria más segura es la que se alcanza*
huyendo.

Hay, en efecto, en tan breve trozo tres clásicas citas,—una de au-
tor expreso, y dos tácito;—y lo mismo puede verse en cada párrafo de
sus discursos.

En la *concatenación* lógica de pensamientos es admirable: forma
verdaderas y fáciles *sortes*, sin que se advierta el menor esfuerzo; lo

que indica el giro siempre filosófico y profundo de un gran pensador tal, cuando en esta prosa dice:

Siendo tanta la utilidad de la ciencia, y teniendo nosotros tanta necesidad de ella ¿será justo resolernos á vivir envueltos en las tinieblas de la ignorancia? Ah! lejos de nosotros semejante manera de pensar; pues élla sola daría la vida más triste de nuestro abandono! ¿Y cuál será el camino que nos lleve á un bien inestimable como deseado bien? El camino, el único camino que nos puede conducir á la ciencia es trabajar de continuo en desterrar la ignorancia. Trabajad, pues, oh jóvenes, etc.

Véase una fácil y profunda sorites de cinco términos, en que faltan, sin embargo, las formas retóricas de la *interrogación* y *exclamación*, que le quitan su natural aridez lógica. lo que nos da á conocer que el Dr. González era un retórico al propio tiempo que un pensador profundo y erudito. La muestra claramente—la habilidad retórica,—en dos *figuras* en que imita á Cicerón, sin copiarle; esto conservando su natural originalidad. Son estas figuras la *enumeración* y la *gradación*, en que manifiesta su *precisión* en el lenguaje y abundancia. Tal puede verse en el *Epílogo* del discurso que analizamos, cuando dice:

Y si noblemente estimulados por el íntimo convencimiento de la necesidad que tenéis de ser virtuosos; si persuadidos de la incalculable utilidad que acarreará el saber, y aterrorizados por el espantoso aspecto de la ignorancia y miseria, llegareis á reunir la virtud y la instrucción, habréis encontrado en los libros, sin duda alguna, el verdadero secreto de adquirir, no la sabiduría peregrina que da el mundo; sino la verdadera, la única sabiduría: aquella que con tan pocas y tan repetidas instancias pedía Salomón; aquella que asiste al trono del Omnipotente, y que fué la electora de sus obras; aquella que es la productora de las riquezas, la inspiradora de las buenas acciones, la perenne fuente de gozos inefables, y la fecunda madre de todos los bienes.

No creemos haber exagerado llamándole imitador del primer de los oradores romanos, cuando estudiamos detenidamente las gradaciones como las anteriores y que como en este discurso, se encuentran á cada paso en todos los demás.

Imita á las veces, y amplifica, haciendo ciertas *enumeraciones distribuidas*, en que se advierte la abundancia y la erudición casi consciente de su prodigiosa memoria; como cuando dice:

La naturaleza, ó más bien la Divina Sabiduría ha dotado á los seres vivientes de todo cuanto han menester para su conservación y bienestar, y todos los días acude con mano próspera á cubrir sus necesidades. Dió cortezas duras á los árboles, plumas ligeras á las aves y abrigadoras y vellosas pieles á los cuadrúpedos: dió fuerzas, valor y armas terribles á los animales carnívoros, para su necesario alimento: dió oído fino á las especies tímidas, que tienen toda su salvación en la fuga; vista perspicaz al águila que desde las alturas otea su presa; suma destreza al mono trepador; espléndida magnificencia al pavo real, que ostenta su variada y brillante vestidura; astucia y agilidad á la raposa; nadaderas y escamas á los peces, para que habitaran las aguas; ligereza al corzo; ramosas astas al ciervo; colosal estatura al elefante; emponzoñadas armas á la serpiente; industria al castor, y hasta la débil hormiga fué dotada de durísimas tenazas para horadar la tierra, y de instinto claro y preciso para que almacene sus necesarias provisiones.

Emplea, luego, una *antitesis* amplificada, que resume de modo brillante en estos términos:

Contemplad ahora á este hombre [el salvaje], si es que tal nombre merece, con otro á quien una feliz educación hizo desenvolver su inteligencia; con un Newton, por ejemplo. Solo puede compararse la grandeza de éste con la negación de aquél; el uno solo comprende la grosera y torpe materia, mientras que el otro se encumbra, contempla, y aun pretende comprender la Divinidad.

Si no se tratara de dar idea de aquel hombre extraordinario, de su perseverancia, y de la influencia superior que ejerció en nuestra cultura, bastaría lo dicho para que dejásemos caracterizada en su aspecto literario, la *Oratoria* del Dr. Gonzalez; pero como nuestro objeto principal es pintar esa influencia y la perseverancia de sus tareas durante un largo período de tiempo, debemos completar este análisis de las obras literarias que produjo el grande hombre en ese genero, comprendidas en la década que estudiamos con las siguientes, en que se acentúa más y más, cada vez, el carácter académico de sus discursos, y la idiosincrasia moral del gran Mentor.

En el que tiene por tema el *Vers. 26.* [Sapient. C. VI. V.]

Multitudo autem sapientum sanitas est Orbis terrarum; et rex sapiens stabilimentum populi est.—(31 de Agosto de 1863).

Es aún más clásico y perfecto que los anteriores, y caracteriza mejor su obsesión educadora é instructiva, que constituye su gloria:

es un elogio de la ciencia, y de la importancia del Instituto, en que se imparte, el Colegio Civil, que no desdenaría de firmar el mayor orador y sabio mexicano de la época, pues que contiene con las galas de la dicción limpia y elegante un fondo de conocimientos y de filosofía que supera á todo lo escrito hasta entonces entre nosotros.

Excitar en los tiernos corazones el amor al estudio, haciéndolos escuchar el panegírico de las ciencias: tal es el asunto y el objeto primordial de ese discurso, el mejor, tal vez, de los que pronuncian en las fiestas de la juventud el sabio, su Mentor y Maestro.

Márcase su erudición acostumbrada en la cita del “Libro de la Sabiduría” que sirve de tema á la pieza oratoria, y que dice:

Que en la multitud de sabios está la Salud del Universo; y que un primer sabio es el sostén del pueblo.

Luego cita los ejemplos de Empédocles, de Arquímedes y de Calpurnio, que pudieron más, con su ciencia, que pueblos y ejércitos enteros; y los de Cadmo, Moisés, Carlo-Magno, Alfonso el Sabio, y sus protectores y mentores de la juventud, de las letras, de las ciencias y de las artes á que se debe el progreso del mundo. “Recibid, aprended, —dice— de la instrucción que se os imparte en este Colegio, convertidla en utilidad de nuestra querida como desgraciada patria.”

Hace en seguida una *enumeración con distribución*, tan brillantemente como lo acostumbra, de las distintas materias que se enseñan en aquella pequeña *Universidad*, que tanto debió á sus esfuerzos, desde la lengua patria, el latín, la elocuencia, pasando por la filosofía y las matemáticas, la física, química y ciencias naturales, hasta las variadas materias que especializan las profesiones de medicina y leyes, que caracteriza de modo amirable y elocuente en las siguientes palabras:

Aquel de entre vosotros que, dotado de un carácter sensible sepa compadecer las miserias de sus semejantes; que un entendimiento claro, inclinación al bien, gran amor al estudio y un espíritu fuerte, que lo haga á propósito para desempeñar un gravísimo y difícil ministerio, dedíquese al muy útil aunque penoso y dilatado estudio de la medicina.....Arte sublime que deriva sus deberes de las leyes más santas de la religión y de la filantropía; que tiene en sus mane-

ras menos que el inmenso poder de la naturaleza, benéfica, y cuyo objeto único y exclusivo es derramar á manos llenas el bien por todas partes!

Igualmente: al referirse á la profesión de leyes, tiene conceptos que podemos calificar de singulares y propios, en esta forma:

Y aquel que haya recibido de la naturaleza un sentimiento instintivo de lo justo y de lo injusto, un juicio recto, un deseo insaciable de saber, una inteligencia clara y perspicaz, abraza desde luego el vasto y profundo estudio de la jurisprudencia; que no le arredre lo extenso del camino que tiene que recorrer: pues esta ciencia, tan necesaria á la sociedad, tiene por preciosos é indispensables auxiliares á todos los conocimientos humanos.

Y luego, como al hablar de las materias que se estudian en la preparatoria (facultad menor, que se le llamara entonces), y como al tratar de la *carrera médica*, enuncia en una de aquellas rápidas y brillantes *enumeraciones con distribución*, á que era tan inclinado, y en que tan competente era, las materias, los caracteres propios de tal profesión. Todo ello lo suprimimos en obsequio de la brevedad; pero no podemos menos de insertar su elogio de la *literatura é historia*, respectivamente, que siendo un *científico-naturalista* propiamente, tanto impulsó y practicó en sus obras: con su palabra y con su ejemplo.

Refiriéndose á la *Literatura*, dice:

Que es un intermediario entre los goces de los sentidos y del entendimiento; que alivia el espíritu de la fatiga que acarrea la investigación de las verdades abstractas; que dilatando el ánimo acicala el buen gusto, perfecciona el ingenio, suaviza las costumbres, embalsama las horas de la vida y riega de flores el camino de las ciencias; que es la maestra del bien hablar; que enseña á persuadir, y que es, por fin, la piedra de toque para conocer las disposiciones morales de los individuos.....

Que respecto de los conocimientos históricos, en que era verdaderamente profundo, y que tanto ejercitó en sus obras, es, en verdad, elocuentísimo en este magistral discurso, cuando pinta en los breves rasgos siguientes su utilidad é importancia. Llama á la historia, así, en serie de definiciones retóricas “testigo fiel de lo pasado,” consejero imparcial y sabio de los gobernantes;” juez inexorable de los hombres públicos,” á quienes

Desnudandolos.—dice,—del prestigio de que estuvieron rodeados, y juzgándolos por solas sus acciones, los presenta cuales fueron, para que vivan en la me-

moria de los hombres coronados de gloria por sus virtudes, ó cubiertos de lina por sus iniquidades; de esa guía segura, que sacando al hombre de los estrechos límites de su efímera existencia, lo trasporta, atravesando siglos, á más remotos tiempos, haciéndolo contemporáneo de los hombres más célebres y ciudadanos de todas las naciones; de esa maestra, en fin, que haciéndonos aprovechar la experiencia de los que nos precedieron nos enseña á dirigir de la mejor manera nuestras acciones; pues ella es la que como ha dicho muy bien Cantú,

“Debe hacer redundar en provecho de los hijos la cosecha de dolores padecidos por los padres,”

Seríamos interminables si quisiésemos dar á conocer la erudición, corrección y bellezas de un discurso, como es aquel que analizamos por lo que conviene señalar las peripecias que sufrió aquel su autor en el *Colegio* en esta década, para mostrar juntamente con su labor literaria su consagración de maestro, y de mentor, en los difíciles y vueltos años que siguieron á los primeros resplandores que despuntaron en aquel Instituto, donde pronunció las magistrales producciones que hemos analizado brevemente en el presente capítulo. Y así, de estas y de las demás producciones literarias del mismo género, procuraremos dar una idea en el siguiente.



CAPITULO V.

Benéfica influencia del Colegio Civil.—Diversos Autores.—Vida y Obras del Dr. González.

Aun se hizo sentir con más fuerza la influencia benéfica del Colegio Civil en los años siguientes, y del apostolado de la enseñanza que tomó á su cargo el egregio Dr. González, cuyos discursos hemos examinado hasta la nefasta época de la *Intervención francesa*. Pero aun falta que pintar por completo ese cuadro, señalando, de paso los escritores y progresos cumplidos en el vasto campo de la cultura científico-literaria, conforme al plan propuesto en esta obra. Luego reanudaremos el análisis de las producciones del sabio filántropo, y maestro sin segundo, durante la aciaga época de la mencionada intervención, y después de élla: que es como el hilo conductor y como el guía en toda esta *Segunda Sección* de nuestra historia.

Juan de Dios Villalón, uno de los discípulos de Retórica y Poética, émulo del impetuoso Simón Garza Melo—una de aquellas antorchas del Seminario, como lo hemos dicho—y casi condiscípulo de Hermenegildo Dávila, se espaciaba por los floridos campos de la poesía, siendo el primer poeta erótico, que caracterizó la evolución y el impulso que favoreciera y procurara el grande hombre entre nosotros. Sus *quintillas* “A Lelia” son fáciles y delicadas; tienen algo de la romántica tristeza de Fernando Calderon, y de la fácil y sencilla naturalidad que distinguiera después al cantor de “Rosario”. Dicen así:

¿Qué tienes, Lelia, qué tienes?
 ¿Por qué buscas el retiro?
 ¿Por qué doliente así vienes,
 Y en tus abrasadas sienes
 Pintarse la angustia miro?

¿Qué cosa con tal recato
 Sacas del seno, y la ves;
 Y la besas, y después
 La escondes? Ah!...un retrato:
 ¿Es de tu amante tal vez?

Después de admirarse en magníficas y fáciles quintillas de que
 hable con el retrato, y de que le llame *cruel è ingrato*, el autor te-
 estas, delicadísimas:

Pero, òyeme: Si supieras
 Que ese mismo por quien lloras
 Apura las heces *fieras*
 De la hiel que tú devoras,
 A tu aflicción tregua dieras!

Vagando, ayer, tristemente,
 Lo ví cruzar por el prado:
 Después lo hallé reclinado
 Frente al sance de la fuente,
 A su dolor entregado.

Fuera del epíteto subrayado,—que á algún exigente pudiera pe-
 recer forzado—ripio—lo demás es magistral. Y así son no menos que
 veinte *quintillas* de esta composición, y ocho *cuartetas* que el autor te-
 vo el capricho—variaciones á que eran tan afectos los románticos—
 de mezclar con aquéllas; y en que luce igualmente su facilidad. Co-
 mo ejemplo de esta mezcla, vayan las dos estrofas finales:

.....Porque tal, Lelia amorosa,
 Es el destino fatal
 Que de la cuna á la fosa
 Lleva arrastrando al mortal.
 Pues su cadena al hacer,
 De tal modo á amor le plugo
 Los eslabones poner,
 Que aquel que de uno es verdugo,
 Va de otro víctima á ser. [1]

Y es el mismo siempre: ya cante en «Cadenas de Amor» desde-
 nes con amargura romántica, ya celebre la admiración que le causan
 fugitivas impresiones; como cuando dice:

Ora si tierna suspiras,
 Ora si ríes amante,
 Oh Angiolina, ¡tu me inspiras,
 De *nuevo* dulces mentiras,
 Que inconstante
 Me hizo el amor detestar;
 Y es tu sublime canción
 Fuego que el corazón
 Viene otra vez á alentar
 Agonizante ilusión.
 Y tú, Fanny, si agraciada
 Desdèn prodigas, mentido,
 Entre esquivas y recatada,
 Trajiste el ideal querido,
 De una Hada,
 Con quien soñé loco ayer.
 Y de tu voz primorosa
 Con su magia deliciosa,
 Nueva causa viene á ser
 De mi congoja amorosa. [2]

Tras de este sabor anacreóntico, se advierte la delicadeza del au-
 tor en la estrofa final, que es como sigue:

Pero si á entre ambas se inclina
 Afecto puro del alma,
 A dar el juicio no atina
 La preferencia con calma:
 Tuya es ¡oh Fanny! la palma!
 Tuyo el laurel, *Angiolina!*

Esto es *ingenio*, y es *finura* que acusa penetración de ese ingenio.
 Mas, no solo en los versos de *Arte Menor*, de anacreóntica lijereza,
 sino también en los *endecasílabos* y con el tono elevado de la *oda*
 muestra su facilidad, y la energía y el nervio propios en este género
 de Composiciones. La ocasión era propicia en la época que narra-
 mos: los muros de Puebla eran batidos día y noche por 30,000 fran-

ceses con centenares de cañones: los acentos patrióticos de D. Manuel Gómez y Rejón en la tribuna debían traducirse en la cuerda ardiente y vibrante de la lira patriótica entusiasta; y las dos *estrellas del arte* las *Divas* sin par, la Ghione y la Fanny, daban una función á beneficio de los *Hospitales de sangre* de la gloriosa Puebla; era la ocasión para que dijese:

También vosotros, los que vais cruzando,
Del mundo necio entre el alegre ruido,
Como las aves del Edén perdido
Himnos de amor y de placer gorjeando;
También al ver manchada la alba ropa
De la Reina de América preciada,
Herida sin piedad y ensangrentada,
Por la traidora mano del de Europa
Injusto usurpador, horrorizados
Alzáis de indignación terrible canto;
Y de un impulso noble arrebatados,
De vuestro pecho tributáis, en tanto,
Al valor desgraciado un homenaje
De tierna compasión para el valiente,
Que, ardiendo en llamas de marcial coraje,
De su patria en las aras la caliente
Sangre derrama, y el baldón imprime
En la manchada frente del tirano,
A quien se escapa el cetro de la mano,
Del ronco bronce al rebramar sublime.
Oh! gracias! gracias mil! las efusiones
De ardientes y patriotas corazones,
Llevarán vuestros nombres á la gloria;
De acción tan noble el sentimianto tierno,
Guardando puro, inmarcesible, eterno
En las páginas de oro de su historia.

Fuera de este último rasgo, un poco vulgar, tal vez, todo: imágenes, epítetos, metáforas, figuras patéticas, versificación, tono, estilo y lenguaje, son lo que deben ser en este género de composiciones.

Con esta ocasión, cantaron, el Dr. E. Tamez, el Profesor hermano suyo [don Antonio], y *anónimos* autores (3). Citaremos la composición del Dr. Tamez; que es como sigue:

Gloria al arte divino!
Que blando nos embriaga y adormece!
Gloria inmortal al genio, á cuyo canto
La pena más acerba desaparece!
Dulcísimo es sentir dentro del alma
De una célica voz las vibraciones;
Y dejarse llevar por su torrente,
Irresistible, raudó, omnipotente,
Que en un mar nos sumerja de ilusiones.
¡Salud, dulces cantores! Vuestras frentes,
Coronadas están del lauro hermoso.
Simpáticos artistas!.....yo os admiro
Por vuestro noble empeño generoso,
De cooperar al logro
Que abrigan nuestros pechos mexicanos:
Aliviar las heridas y dolores
De los que en Puebla están, nuestros hermanos
Afrontando el peligro y resistiendo
Del francés la barbarie y los furores.

Solo por honrar á tan grande sabio insertamos en el texto, composición que acusa sus luces y cultura; pero ciertos prosaísmos, y la dureza del verso, dan á conocer claramente que no eran el *metro* y la *rima* el lenguaje y la dición común de sus escritos. Era, en opinión nuestra, mucho más fácil y elegante el Profesor, su hermano, cuyo brillante *Soneto* puede verse transcrito en la nota correspondiente del *Apéndice*.

Todo aquel entusiasmo que se tradujo en fiestas de la Instrucción,—de que era el corifeo el Dr. González,—funciones líricas, poesías y discursos patrióticos y didácticos, fué perdiéndose poco á poco en un silencio pavoroso; en reticencias políticas, en comunicados sospechosos; y aquel ardor y aquel patriotismo confiado y generoso que se advierte en artículos periodísticos y proclamas fué dando lugar, tras de la caída de Puebla, la derrota en "San Lorenzo" y la desocupación de México por el Gobierno Republicano, á una frialdad y á un descontento entre gobernantes y gobernados, que hacía presentir la catástrofe del 64. No obstante, el egregio Dr. González pronuncia su discurso magistral del 63,—cuyo estudio hemos hecho,—el Lic.

Quiroz y Martínez el suyo patriótico,—admirable conforme lo vemos;—y un poeta *anónimo*, en medio de todas las reticencias y sospechas que provocaba la situación, canta al engraido Vidaurri estas estrofas:

Hay un país coronado
De rosas, luz y azahares;
Su territorio es un prado,
De oro y plata recamado
Que bañan dos hondos mares.
Le hizo Dios venturoso
Para colmar sus afanes;
De climas conjunto hermoso:
En montañas majestuoso
Y arrogante en sus volcanes.

Y después de hacer la historia entera del país en diez fáciles quintillas, rinde un adulator elogio al que se hacía llamar *Caudillo de la Frontera*, y que bien pronto iba á hundirse, y á hundir al Estado, en un abismo de desastres. La estrofa de la felicitación, como digna del pensamiento que la inspira es pedestre por demás; como puede verse:

Que vivas siempre dichoso,
Y que veas pronta ese día.

El de la derrota de los franceses invasores á que se ha venido refiriendo en las estrofas anteriores; y luego continúa:

Es el anhelo ardoroso
De un amigo cariñoso
Que salud y paz te envía.

Hemos citado esa insignificancia, de un buen versificador tal vez para demostrar cómo se fué extinguiendo aquel florecimiento provocado é impulsado por el Dr. González, cuando la ráfaga de la Intervención y la traición de Vidaurri hundieron á Monterrey y al Estado en la más desastrosa y triste de las situaciones. Los últimos acentos sanos, dignos, patrióticos, son los que deja escapar el Lic. Quiroz y Martínez, en su discurso del 16 de Septiembre (5). El eruditísimo discurso, tras de una brillante exposición de nuestras luchas, y de

angustiosa situación en que se encuentra la República, concluye con este valiente apóstrofe:

A la guerra, mexicanos!..... A la guerra..... y México se salvará. Toda la justicia, todo el derecho está con nosotros: Tened confianza.....

Luego como creyente sincero, hace una *imprecación*, que bien podemos caracterizar de sublime:

Y tú, Señor, Dios de Israel y de Jacob; que eres el solo grande y fuerte... mira cómo nos insultan y nos beñan.....por que somos débiles!.....Arma nuestro brazo.....Has que el pueblo no tenga sino una sola alma, para que luego que recorra historia, y recoja los sucesos, pueda escribir en sus páginas: el pueblo se salvó por sí mismo, con solo la ayuda de Dios.

Verificada la división política en el Estado, y que en el Gobernador Vidaurri afectó manifiestamente el carácter de traición á la patria y al Gobierno Federal, solo se conservó por algún tiempo la República [1864], debido á la presencia de ese mismo Gobierno, con don Benito Juárez y su reducido Gabinete. Fué un tiempo corto, pero de cierta animación política y literaria, que pudo engendrar y hacer creer que no se sucedieran tan lamentables y tristes acontecimientos. Continúan los ya numerosos discípulos, pertenecientes á las tres escuelas—medicina, jurisprudencia y preparatoria,—formando un grupo compacto en derredor del Maestro. Con ocasión de su día natal, pronunció Ignacio Martínez su oda encomiástica, de que hemos hablado á su tiempo y se le dirigen alocuciones, en que se le muestra todo el afecto que había despertado en ellos; y él continúa, al propio tiempo, sus labores filantrópicas y educativas, en un Establecimiento debido todo á sus esfuerzos, y que procuraba mejorar continuamente, según se deduce de los cuadros é informes, que como Vice-Presidente del Consejo de Salubridad y Director del Hospital y de la Escuela de Medicina, dirigía al Gobierno del Estado. Pero... ya no hubo desde entonces aquellas brillantes fiestas de las Distribuciones de premios, ni él pronuncia aquellas piezas Oratorias, que con razón se consideran como uno de los más brillantes timbres de su gloria. No vuelve á aparecer el Maestro pronunciando un *Informe* acerca de que aquel Colegio, que amó tanto, sino hasta el año de 1867; en

el cual *Informe* da cuenta de las vicisitudes por que pasó el Instituto, y los trastornos que ocasionó en su marcha la guerra, la ocupación del edificio por las tropas francesas y la supresión de los fondos de la Instrucción pública por el Gobierno Imperial. El Colegio conservó, pues, pero *disperso*, si podemos expresarnos así, y debido a su perseverancia y energía. De todo ello formaremos juicio trascribiendo del Maestro eximio las siguientes líneas:

Así pasaron tan calamitosos tiempos, haciéndose los anuales exámenes por comisiones reunidas en la casa de alguno de los miembros que los componían, recogiendo las calificaciones en forma de cartas: hasta que por fin, brilló de nuevo la resplandeciente aurora de la libertad y el anhelado renacimiento de las Instituciones republicanas.

Después de la gloriosa jornada de Santa Gertrudis, nuestro impertérrito, pero moderado compatriota General Escobedo, ocupó esta capital; y al tercer día de estar en ella dictó las órdenes más terminantes para el restablecimiento del Colegio, facultando los necesarios auxilios, á pesar de las notorias y apremiadas circunstancias del Erario.....

Y aquí se le presenta la excelente ocasión, digna de los republicanos y de la República; y cómo no! quién podía quejarse más que él de un Gobierno, que como el del Imperio, bajo pretextos fútiles le arrebatara sus creaciones favoritas, el campo de su cultivo?.. Y no a la heredad, sino lo que él concibiera y formara, y á quien protegiera con todas sus fuerzas, como un padre protege á su hijo! Por que era el Colegio su hijo intelectual, y muy amado; así es que con toda la efusión de su alma, exclamaba en ese *Informe*:

¡Qué diferencia de procedimientos! ¡Qué contraste! un alienígena que nada en la abundancia, rodeado del esplendor del trono, ocupa los fondos de instrucción pública, y manda que en los Departamentos no se enseñen facultades mayores, á título de iniciarnos en la ciencia del buen gobierno: y un patriota, un soldado de la libertad, cuando apenas tiene con qué sustentar escasamente á sus fieles compañeros de armas, y sin desechar todavía el cansancio, ni sacudirse el polvo de los combates, solo piensa en restablecer á todo trance la educación pública, con la plenitud de libertad que exige nuestro dogma político de la *enseñanza libre*.

La palabra tan despectiva de *alienígena* que aplica á Maximiliano, y la ironía punzante que se advierte en la frase con que termina el primer inciso de la cláusula: á título de buen gobierno; todo ello, de

ellos, tan opuesto á su prudencia y comedimiento que son habituales en él, muestran claramente que fué herido muy profundamente por el Imperio al dictar la disparatada medida contra la *libertad de la enseñanza*, y su Colegio, creación é hijo intelectual de aquel Maestro y Mentor de la juventud nuevo-leonesa! . . .

No podía dejar en esa pieza, como en todas las suyas, de exhortar á la juventud á que correspondiese á los benéficos fines del Gobierno republicano al restablecer el plantel nuevoleonés, practicando las virtudes, y empleando eficazmente los dones del espíritu; Resúme, en fin, su pensamiento en estas elocuentes palabras:

Pedid á Dios, con sencillez de corazón, la *sabiduría*: amad con todas vuestras fuerzas la verdad, decidla siempre; afanaos en buscarla, fiados en la indefectible promesa del divino Salvador, que os dice: *Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres* [Juan C. VIII. V. 32]: sed, en fin, sabios, justos y benéficos, y alcanzaréis los premios reservados á los buenos.

Todo el Informe, después de los datos históricos relativos á las vicisitudes de lo que pasara el Colegio en los dos años de la época imperial, se concreta al *tema* que escogió para exhortar á la juventud, contenido en los versos de Horacio en su Epístola:

... *Aut virtus nomen inane estitut decees, et pretium recte petit experiens vir.*

El cual *tema* desarrolla en una pieza repleta de erudición y de ciencia; de buen gusto, sencillez, naturalidad y corrección literarias.

Igualmente: en el *Informe* y en la alocución del 68, como en el magistral discurso del 69, ya una vez restablecido del rudo golpe que sufriera durante el nefasto período imperial, se muestra el Maestro, como lo fuera antes de la pasajera catástrofe, confiado, contento, satisfecho de los resultados que produjera su creación predilecta. Dice, así, en la primera de esas piezas oratorias:

Nacido este Instituto en medio del tumulto revolucionario, creado por un gobierno efímero (el de Aramberry), que parece no haber tenido otra misión que fundarlo, se erigió en 1859 con dos veintenas de alumnos distribuidos, en las muy escasas cátedras que por entonces pudieron establecerse. Pequeño fué, en verdad, en sus principios, más no debe ser despreciado por esto, pues como dice la *Escritura Santa*: *Pequeña entre las aves es la abeja, y su fruto tiene el principio de la dulzura.*

“Los años de 1861 á 1863—dice en otra parte de ese mismo
forme.

Serán siempre memorables en la historia de este Instituto. Ellos forman la primera época brillante; en ellos se acabó de organizar y tomó la forma que conserva; en ellos comenzó á levantarse el edificio, que algún día llegará á ser uno de los más bellos adornos de esta ciudad. Pero ¡ay! que tras de esa época de ventura y desarrollo vino otra de calamidades y desastres. La funesta guerra de Intervención.....etc.

Aquí lo que ya hemos anotado. En la *alocución*, en cuyo epílogo llama á los alumnos del Colegio *muy amados*, en una serie de sencillos y sencillos razonamientos, manifestados en forma gallarda, aunque sencilla, brillante y naturalísima,—como todo lo suyo,—desarrolla el tema de la necesidad que tiene el hombre de *buscar la ciencia y practicar la virtud*, á fin de cumplir digna y completamente con su destino; admira, cómo encuentra siempre adecuados razonamientos, y opiniones respetables, en apoyo de su tesis, que forma siempre, como en este caso, un eslabón de la cadena del tema general de sus piezas oratorias: la perfectibilidad humana. Distingue aquí la *ciencia de la sabiduría*, fundándose en las profundas sentencias del justo Idumeo:

Y la *sabiduría* ¿en dónde se halla y cuál es el lugar de la inteligencia? y no os contestará: El abismo dice: No está en mí; y el mar habla: no está conmigo. Escondida está á los ojos de los vivientes; aun á las aves está oculta.

Concluye en seguida con los versículos del Cap. 28 de Job, que fundó la sabiduría en el *temor de Dios* [la virtud], y la inteligencia en *apartarse de lo malo*. En el discurso del 69.—con cuyo examen debemos terminar las piezas de ese género que produjo en la década que estudiamos—hace un resumen brillante de los progresos que hizo la Instrucción en el Estado desde la época colonial, desde sus catequistas y colonizadores hasta la fundación de la cátedra de gramática latina—que se debe á D^a. Leonor Gómez de Castro, y establecimiento del Seminario, de que salieron Fr. Servando Teresa de Mier—á quien llama el más ilustre de los hijos de Monterrey—Fr. Bernardino Cantón, y otros, que dieron lustre y fama al colonial Nuevo-Reino, y que contribuyeron con sus luces á la realización de la Independencia, el uno y al progreso local el otro. Cita á Ramos Arizpe, al ilustrado y be-

néfico gobernante don Joaquín García: y muestra cómo, entre continuas revueltas, la Instrucción ha realizado continuos progresos en el Estado, debido á próceres y gobernados que se han prestado gustosos á cumplir la faena que les corresponde con tan noble objeto. Mas, terminaremos este capítulo y dejemos para el siguiente la continuación de este estudio sobre la vida y obras del Dr. González.

